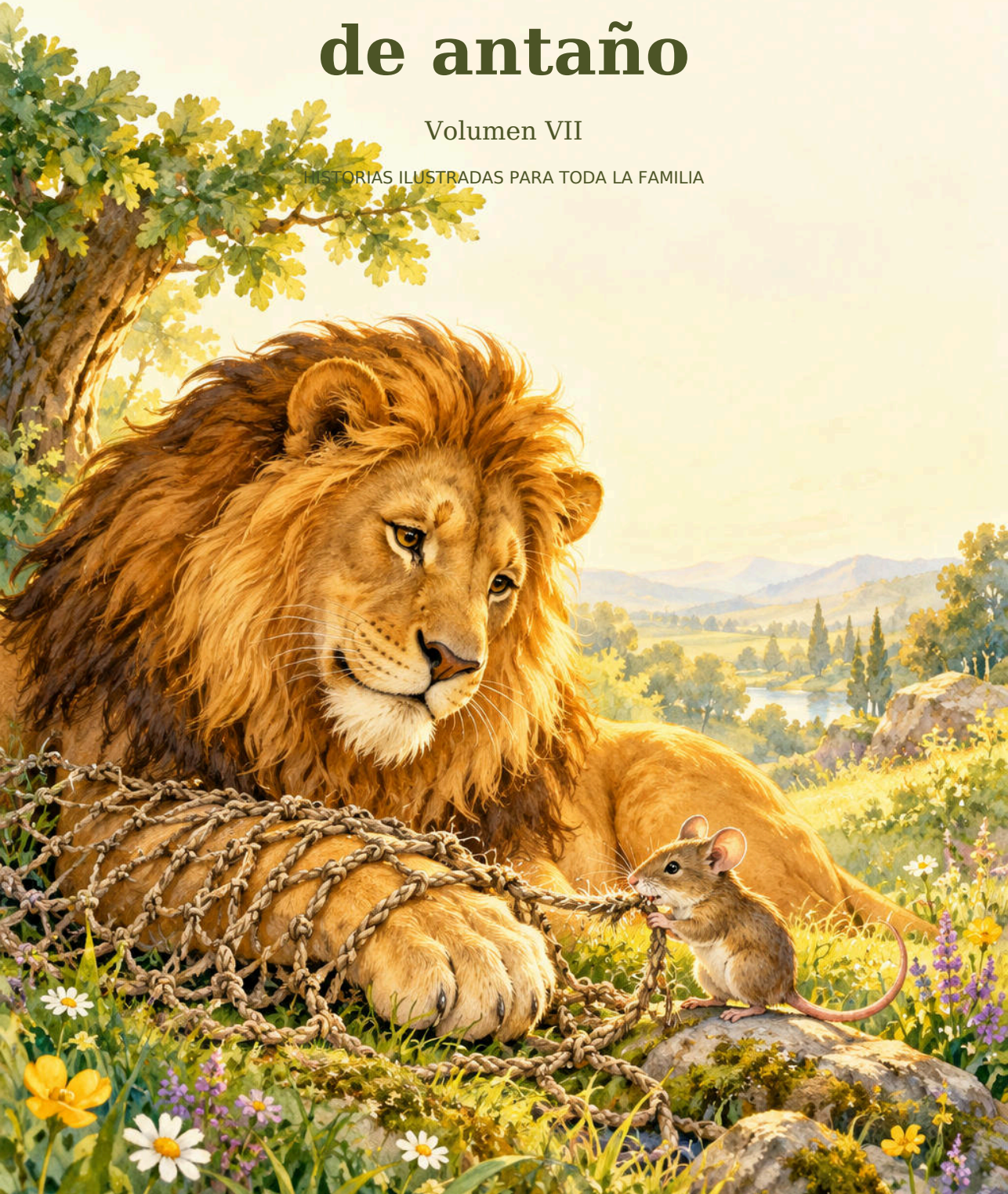
HISTORIAS Y PARÁBOLAS PARA NIÑOS

# Fábulas y cuentos de antaño

Volumen VII

HISTORIAS ILUSTRADAS PARA TODA LA FAMILIA



UN LIBRO PARA LAS VELADAS JUNTOS

# Una historia leída con cariño crece con nosotros.

ESTE LIBRO PERTENECE A

Mi nombre / nuestra familia

VOLUMEN VII

## Fábulas y cuentos de antaño

Once historias · Edición ilustrada

Octubre de 2026

Las citas bíblicas siguen, con adaptaciones, la versión *Dios habla hoy*®,
© Sociedades Bíblicas Unidas.

PASOS PEQUEÑOS, GRANDES ENSEÑANZAS

# En este volumen

62 **El grillo y la hormiga** — 5
Fábula de Esopo

63 **La liebre y la tortuga** — 15
Fábula de Esopo

64 **El león y el ratoncito** — 25
Fábula de Esopo

65 **El niño que gritaba «¡Que viene el lobo!»** — 35
Fábula de Esopo

66 **La zorra y las uvas** — 45
Fábula de Esopo

67 **El viento y el sol** — 55
Fábula de Esopo

68 **La cabra y sus tres cabritos** — 65
Libremente adaptado de Ion Creangă

69 **Los clavos de la cerca** — 75
Parábola de autor desconocido

70 **El haz de varas** — 85
Fábula de Esopo

71 **El anciano que plantaba para los demás** — 95
Parábola de la tradición popular

72 **La estrella de mar** — 105
Historia nueva, a partir de una parábola de Loren Eiseley

VOLUMEN VII

# Fábulas y cuentos de antaño

*«Todo lo que hagan, háganlo con amor».*

1 CORINTIOS 16, 14

Sobre el esfuerzo, la verdad y la paciencia.
Sobre el bien que podemos hacer.

HISTORIA 62

# El grillo y la hormiga

*Fábula de Esopo*

EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 6
Hablamos con los pequeños p. 8
La historia completa · desde los 8 años p. 9
Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 13

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 1 / 2

Era verano en el campo. El sol salía temprano sobre las colinas y el rocío brillaba en cada brizna de hierba. Las amapolas rojas se mecían con el viento, las abejas zumbaban de flor en flor y la mañana olía a heno y a flores. Todo era tibio y agradable. En una hoja grande, el grillo cantaba: ¡cri-cri, cri-cri! Por debajo pasaba la hormiga, empujando un grano de trigo más grande que ella.

—¡Vecina, ven un rato a la sombra! —gritó el grillo—. ¡Oye qué canción tan bonita!

La hormiga se detuvo, escuchó y sonrió.

—Cantas bien. Pero yo junto comida para el invierno.

—¿Para el invierno? —rio el grillo—. ¡El invierno está lejísimos!

Y siguió cantando. Cantó por la mañana. Cantó al mediodía. Cantó por la noche, hasta dormirse. Su despensa seguía vacía. «Mañana empiezo», se decía. Pero al otro día hacía de nuevo calor y sol.

Luego las hojas amarillearon, el viento se enfrió y una mañana el campo amaneció blanco. La nieve lo cubrió todo: la hierba, las semillas y la hoja donde cantaba el grillo.

El grillo temblaba. Tenía frío y hambre. Entonces se acordó de la hormiga. ¡Toc, toc! Llamó despacito a la puerta del hormiguero.

—Tengo hambre y frío —susurró—. No he juntado nada. Creí que el verano no se acababa nunca.

La hormiga abrió de par en par.

—¡Entra rápido, que te congelas! Compartiremos lo que tenemos. Y tú me ayudarás.

El grillo comió y entró en calor. Al día siguiente se puso a trabajar: barrió los cuartitos, acarreó migas y aprendió a secar los granos. Y por la noche, tras el trabajo, cantaba para todas las hormigas. Con sus canciones, el invierno parecía más corto.

En primavera, el grillo se hizo su propia despensa. Puso en ella un grano, y luego otro. Y siguió cantando, cri-cri, cri-cri. Solo que ahora cantaba después de hacer su trabajo.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

# Hablamos con los pequeños

*Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.*

1. **¿Qué hacía el grillo todo el verano?**
   Respuesta: Cantaba, de la mañana a la noche.

2. **¿Qué juntaba la hormiga?**
   Respuesta: Comida para el invierno.

3. **¿Qué pasó cuando llegó la nieve?**
   Respuesta: El grillo tenía hambre y llamó a la puerta de la hormiga.

4. **¿Cómo lo recibió la hormiga?**
   Respuesta: Con cariño: le dio comida y lo dejó entrar en calor.

## LO HACEMOS JUNTOS

- Guarden juntos los juguetes en su «despensa» y luego canten: primero el trabajo, después el juego.
- Aparten en una caja algo bueno para alguien que lo necesite.

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, ayúdame a ser trabajador*
*y a tener buen corazón con todos. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 1 / 4

El verano se había posado sobre el campo como una manta tibia. Por la mañana, el sol salía temprano tras las colinas y secaba despacio el rocío de la hierba. El trigo maduraba en los campos y las espigas pesadas susurraban cada vez que pasaba el viento. Entre ellas, las amapolas ardían como llamitas y las abejas zumbaban de flor en flor. Junto al camino olía a heno cortado y a manzanilla. A lo lejos, al final del pueblo, sonaba una campana, y luego, otra vez silencio. Para los animalitos del campo, un día así parecía no tener fin.

En un sendero estrecho, justo del ancho de una hormiga, un grano de trigo se había atascado en un hoyito. La hormiga lo empujó por un lado, luego por el otro, pero el grano, testarudo, rodaba otra vez atrás. Desde la hoja de bardana de arriba se oyó una canción alegre y luego una carcajada.

—¡Eh, vecina! ¡Deja el grano y ven a la sombra! Acabo de encontrar una canción nueva.

El grillo se frotó las alitas, cri-cri, cri-cri, y meneó las antenas, encantado con la mañana luminosa. La hormiga se detuvo a recobrar el aliento.

—Cantas muy bien, vecino. Te escucho con gusto, pero antes tengo que sacar el grano del hoyo.

El grillo saltó de la hoja, arrimó el hombro junto al de ella y, ¡hop!, el grano pasó por encima del borde. La hormiga le dio las gracias y siguió hacia el hormiguero sin entretenerse.

—¿Por qué tanta prisa, con este calor? —se extrañó el grillo—. ¡Hay semillas por todas partes!

—Guardamos para el invierno —dijo la hormiga—. Mi abuela decía: «Quien guarda en verano no tiembla en invierno».

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 2 / 4

El grillo miró el cielo azul, sin una sola nube. El invierno le parecía un cuento sobre un lugar muy lejano. «Ya lo pensaré entonces», se rio, y volvió a su hoja.

¡Y el verano tenía tanto que dar! Las mañanas eran frescas, al mediodía había sombra y de noche el grillo ensayaba melodías hasta que salían las estrellas. Si le preguntaban por sus provisiones, decía alegre: «Empiezo mañana, al acabar la canción». Pero tras una canción venía otra.

La hormiga tenía otra costumbre. Salía al amanecer con sus hermanas, descansaba cuando le dolían las patas y siempre volvía con algo: un grano, una pipa de girasol, una miga seca. No todos los días eran igual de ricos, pero la despensa se llenaba poco a poco.

Un día llovió. Unas semillas que habían quedado junto a la entrada se mojaron, y las hormigas las llevaron, una por una, a secar. El grillo las miraba asombrado desde su hoja.

—¡Creía que las metías en la despensa y ya!

—Lo que juntas también hay que cuidarlo —respondió la hormiga—. Si no, cuando lo necesitas, ya no sirve.

Aquella noche, el grillo decidió: «¡Mañana empiezo!». Hasta eligió un rinconcito de su casa para las provisiones. Pero al día siguiente volvió el calor y el buen tiempo, y la decisión quedó atrás, junto al rincón vacío.

El otoño llegó sin preguntarle si estaba listo. Las hojas amarillearon, las noches se alargaron y el viento empezó a colarse por las rendijas de la casita. El grillo cantaba cada vez menos, porque tenía frío. Buscó semillas, pero unas las habían recogido otros y otras se habían podrido con la lluvia. Lo poco que halló se acabó pronto.

Luego, una mañana, asomó la cabeza y vio todo blanco. La nieve cubría el sendero, las amapolas y hasta la hoja donde había cantado todo el verano. Escarbó bajo la nieve, pero no encontró nada. Le temblaban las patas y le rugía la barriguita.

Entonces se acordó de su vecina. El camino hasta el hormiguero, tan corto en verano, se le hizo interminable. Cuando llegó, llamó con timidez: toc, toc.

—¿Quién es? —se oyó desde dentro.

—Soy yo, el grillo —dijo bajito—. Tengo hambre y tengo frío. No me preparé para el invierno.

La hormiga abrió y lo miró: estaba flaco, mojado y avergonzado.

—¿Qué hiciste todo el verano, vecino?

—Cantaba —respondió el grillo, bajando la cabeza—. Creí que el verano no se acababa nunca.

La hormiga calló un momento. Podría haberle recordado todas sus respuestas alegres del verano. Pero se apartó del umbral.

—Entra, no dejaré que te congeles. Esta comida la juntamos con esfuerzo. La compartiremos, y tú me ayudarás mientras dure el invierno.

El grillo entró, se calentó y se comió un grano de trigo. Nada le había sabido nunca tan bueno. Miraba los montoncitos de semillas, bien ordenados, y solo ahora veía en cada uno un día de trabajo ante el que había pasado cantando.

Desde el día siguiente se puso a trabajar. Barría los cuartitos, recogía migas y despejaba la entrada. Una noche, la nieve derretida

goteó en un rincón. El grillo lo notó el primero y avisó, y juntos llevaron la comida a un sitio seco antes de que se estropeara. Nadie le pedía que se volviera hormiga. Había encontrado su parte del trabajo.

Y por la noche, acabadas las tareas, cantaba. Las hormigas se reunían a su alrededor a escuchar. Unas canciones les recordaban la hierba tibia del verano; otras eran nuevas, nacidas de los días pasados juntos. Con ellas, el invierno parecía más corto y más alegre.

Cuando empezaron a gotear los aleros, el grillo salió al sol y contempló el campo que despertaba.

—Este año cantaré, pero también trabajaré —le dijo a la hormiga—. He entendido que una canción solo es bonita si otro no la paga con su hambre.

—Yo también he aprendido algo —sonrió la hormiga—: el trabajo pesa menos si alguien canta a tu lado.

El grillo arregló su casita y preparó su despensa. Esta vez no esperó al frío. Trajo una semilla, y luego otra. Su canción seguía sonando igual de alegre sobre el campo, solo que ahora, entre dos melodías, nadie decía ya «mañana».

*«¡Ve a la hormiga, perezoso, mira sus caminos y sé sabio!».*

Proverbios 6, 6

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

# Lo que nos enseña

> **El trabajo de hoy es un regalo para mañana, y la compasión con quien se ha equivocado lo ayuda a enmendarse.**

Esta antigua fábula nos enseña dos cosas. La primera: Dios nos ha dado tiempo, y el tiempo tiene sus estaciones. Hay un tiempo para jugar y un tiempo para trabajar, como dice la Escritura: «Todo tiene su tiempo» (Eclesiastés 3, 1). Quien lo deja todo para más tarde acaba como el grillo: con frío y sin nada. Para un niño, el «verano» es ahora, cuando aprende, cuando hace sus deberes, cuando adquiere buenos hábitos que lo abrigarán en los «inviernos» de la vida. La segunda es la que añadimos nosotros, los cristianos. En la antigua fábula de Esopo, la hormiga echa al grillo. Pero Cristo nos enseña a ser misericordiosos también con quien se ha equivocado. Nuestra hormiga no lo deja morir, pero tampoco lo consiente: le echa una mano y le da la oportunidad de cambiar. Así es el amor verdadero: cálido, pero también sabio.

**PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS**

Para los mayores: tu «verano» es ahora. Los años de escuela vuelan, y lo que aprendes y tus hábitos de ahora (sueño, estudio, oración, deporte) serán luego tu «despensa». Está bien disfrutar de la música, los juegos y los amigos, pero pregúntate con sinceridad: ¿hay equilibrio en mi día o solo canto? Y si un compañero se quedó atrás por su culpa, sé tú la «hormiga» que no lo juzga, sino que lo ayuda a ponerse al día.

# Hablamos en familia

1. **¿Por qué no se preparó el grillo para el invierno?**
   Respuesta: Creía que el verano no se acabaría nunca y que no tenía que preocuparse por más tarde.
2. **¿Qué hizo la hormiga cuando el grillo llamó a la puerta?**
   Respuesta: Lo dejó entrar, compartió con él la comida y le pidió que la ayudara a trabajar.
3. **¿Cuál es tu «verano»? ¿Qué puedes «juntar» ahora para más adelante?**
   Respuesta libre: el estudio, los buenos hábitos, las amistades, la oración.
4. **¿Estuvo bien que el grillo cantara? ¿Cuándo está bien cantar y jugar?**
   Respuesta: Sí, el canto es un regalo, pero debe venir después de cumplir con tu deber, no en su lugar.

### LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- ○ Esta semana, haz primero tu «trabajo» (los deberes, la cama, una tarea de casa) y después juega. Márcalo cada noche.
- ○ Junto con tus padres, reúne en una caja algunas cosas (conservas, harina, aceite) para una familia necesitada y llévenlas a la iglesia.
- ○ Juego en familia: uno «canta» como el grillo y los demás imitan una tarea de hormiga; adivinen qué tarea es.

### ORACIÓN BREVE

*Señor, ayúdame a ser trabajador cuando toca trabajar*
*y alegre cuando toca alegrarse.*
*Dame un corazón generoso con quien no tiene*
*y enséñame a compartir lo que tengo. Amén.*

**PARA LOS PADRES**

No presenten al grillo como «el malo». El arte y el juego son dones de Dios. Subrayen el orden (primero el deber, después el juego) y el final compasivo, que es la diferencia cristiana frente a la fábula antigua.

HISTORIA 63

# La liebre y la tortuga

*Fábula de Esopo*

EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 16
Hablamos con los pequeños p. 18
La historia completa · desde los 8 años p. 19
Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 23

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 1 / 2

A la orilla de un bosque había un prado amplio, de hierba suave, con un viejo roble en medio. Por la mañana, los rayos del sol pasaban entre las hojas y dibujaban manchas de luz en el suelo. Los pájaros cantaban en las ramas y, desde abajo, se oía un manantial. Allí salían los animales a tomar el sol y contarse las novedades. Entre ellos vivía una liebre de patas veloces, que presumía todo el día.

—¡Soy la más rápida del bosque! ¡Y tú, tortuga, andas como un caracol!

La tortuga sacó despacio la cabeza del caparazón.

—Ando despacio, pero llego adonde me propongo. ¡Hagamos una carrera, del roble al manantial!

Los animales se rieron, y la liebre, más que nadie. Eligieron juez a la lechuza.

—Uno, dos, tres… ¡ya!

La liebre salió como una flecha. La tortuga partió paso a paso.

Junto a un avellano, la liebre miró atrás. A la tortuga ni se la veía. «Tengo tiempo», se dijo. Se tumbó a la sombra y… se durmió.

Mientras, la tortuga caminaba. Un paso. Y otro paso. Y otro más. Un herrerillo le gritó desde una rama: «¡La liebre va

lejísimos! ¿Por qué no te rindes?». «Porque la meta está en el manantial», dijo la tortuga, y siguió adelante.

Pasó junto a la liebre dormida. No la despertó, pero tampoco se burló de ella.

Cuando la liebre despertó, el sol ya se ponía. Se levantó de un salto y corrió con todas sus fuerzas. Pero en el manantial, la tortuga ya estaba junto a la lechuza, y los animales la aplaudían.

La liebre agachó las orejas. La tortuga no se burló de ella.

—Me reí de ti —susurró la liebre—. Perdóname.

—Te perdono —sonrió la tortuga—. Y si quieres, mañana paseamos juntas, sin ninguna carrera.

Al otro día pasearon las dos por el bosque. La tortuga le enseñaba flores escondidas y un hilito de agua entre las piedras, y la liebre corría delante y volvía por ella. Por la tarde descansaron a la sombra del avellano.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

# Hablamos con los pequeños

*Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.*

1. **¿Por qué se reía la liebre de la tortuga?**
   Respuesta: Porque caminaba despacio.

2. **¿Qué hizo la liebre a mitad del camino?**
   Respuesta: Se tumbó a la sombra y se quedó dormida.

3. **¿Quién llegó primero al manantial?**
   Respuesta: La tortuga.

4. **¿Qué hizo la tortuga después de ganar?**
   Respuesta: No se burló de la liebre y la perdonó.

LO HACEMOS JUNTOS

- Hagan una carrera «a cámara lenta» por la casa: gana quien no se detiene nunca.
- Elijan una cosa pequeña para hacer cada día, paso a paso.

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, líbrame del orgullo*
*y dame paciencia para no detenerme. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 1 / 4

A la orilla del bosque se abría un prado amplio, con un viejo roble en medio. Por la mañana, la luz caía entre las ramas en franjas doradas y el rocío brillaba en la hierba como cuentas. De entre las raíces del roble salía un sendero que bajaba entre avellanos hasta un manantial frío. Su agua se oía desde lejos, murmurando sobre las piedras. El aire olía a musgo, a hojas frescas y a flores del bosque. Los animales se reunían a menudo a la sombra del roble: las ardillas arriba, los pájaros en las ramas bajas, los erizos entre las hojas secas. Allí se contaban las novedades y descansaban, sin prisa.

Una mañana, la liebre cruzó el prado como un torbellino, y las hojas secas se alzaron en remolino tras ella. De un salto volvió junto al roble, con las orejas tiesas, a esperar los elogios.

—¿Lo vieron? ¡Nadie corre como yo! ¿El zorro? ¡Muy lento! ¿El corzo? ¡Se cansa enseguida!

Era rápida de verdad. Las patas la llevaban por los senderos como el viento, y las curvas no la frenaban. Pero desde hacía un tiempo creía que, por ser la más rápida, era también la mejor en todo.

Justo entonces apareció la tortuga por el sendero. La liebre dio unos saltos a su alrededor.

—¡Buenos días, tortuga! ¿Saliste de casa ayer o la semana pasada?

Los animales soltaron risitas. La tortuga se paró y sacó la cabeza del caparazón.

—Ando despacio —dijo tranquila—. Pero llego adonde me propongo.

—¿Llegas? —rio la liebre—. ¡Cuando llegues al manantial, será invierno!

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 2 / 4

—Entonces hagamos una carrera. Del roble al manantial.

En el prado se hizo el silencio. Luego la liebre soltó una carcajada tan fuerte que casi se cayó de espaldas. Pero aceptó. Pidieron a la sabia lechuza que fuera el juez. Examinó el sendero y eligió la meta: la piedra blanca junto al manantial.

A la mañana siguiente, las ardillas se alineaban en las ramas y los pájaros ocupaban todas las ramas bajas. La tortuga esperaba en la salida, con los ojos en el sendero. La liebre hacía volteretas, para que todos vieran lo fácil que le era.

—Uno, dos, tres… ¡ya! —gritó la lechuza, batiendo las alas.

La liebre salió disparada como una flecha. En unos instantes solo se oía el crujir de las hojas bajo sus patas. La tortuga dio el primer paso. Luego el segundo.

En una curva, la liebre miró atrás. Ni rastro de la tortuga. Corrió un poco más y se detuvo junto a un avellano de sombra espesa. Apenas iba por la mitad. «¿Para qué darme prisa?», se dijo. «Será aún mejor ganar después de una siestecita. ¡Así verán todos lo rápida que soy!».

Se tumbó en la hierba fresca, con las patas bajo la cabeza. «Solo un momento», se decía. Las hojas susurraban encima, el sol calentaba y el sueño llegó más rápido que ella.

Mientras, la tortuga caminaba. Un paso. Y otro paso. Y otro más. No corría, no se paraba y no miraba ni a la izquierda ni a la derecha. Cuando el camino subía, se decía: «Un poco más». Cuando le dolían las patas, se decía otra vez: «Un poco más».

Ante una raíz gruesa, no intentó trepar por encima, sino que la rodeó por el borde más liso. Un herrerillo bajó a una rama baja y pió:

—¡Tortuga, la liebre va muy lejos! ¿Para qué sigues?

—Porque la meta está en el manantial, no en esta raíz —respondió ella, y siguió su camino.

Luego el sendero cruzaba un pedregal. La tortuga eligió con cuidado las piedras firmes, para no resbalar, y salió otra vez a la tierra blanda bajo las hojas.

Junto al avellano oyó un ronquidito. La liebre dormía a pierna suelta, con las orejas caídas en la hierba. La tortuga la miró un momento. No la despertó, ni se burló. Siguió adelante.

Pronto se oyó el murmullo del agua. Una curva más y luego la piedra blanca. Los animales del manantial vieron primero un caparazón asomando entre las hojas. Luego la tortuga llegó a la piedra, y la lechuza anunció: «¡Tenemos ganadora!».

Los gritos de alegría llegaron hasta el avellano. La liebre abrió los ojos. La sombra se había movido y el sol ya se ponía. Se levantó de un salto y corrió como nunca había corrido. La raíz, las piedras y la curva quedaron atrás en un instante. Pero cuando vio el manantial, la tortuga ya estaba junto a la lechuza.

La liebre se paró, jadeando. Nadie le había robado la rapidez: la había dejado dormir ella misma.

Los animales rodearon a la tortuga. Ella estaba contenta, pero no se burló de la vencida. Sabía muy bien lo que es que se rían de ti.

La liebre se acercó a ella con las orejas gachas.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 4 / 4

—Me reí de ti —dijo bajito—. Y creí que había ganado antes de llegar. Perdóname.

—Te perdono —sonrió la tortuga—. Y si quieres, mañana damos un paseo juntas. Tú me enseñas tus prados y yo te enseño a caminar sin prisa.

Al día siguiente salieron juntas. La liebre corría delante, volvía y corría otra vez, y cada vez encontraba a la tortuga andando tranquila por el mismo camino. Ella le enseñaba una flor escondida bajo las hojas, un hilito de agua entre las piedras, un nido de mirlo. La liebre, los atajos hacia sus prados.

Hacia el mediodía, la liebre estaba rendida de tanto ir y venir, y la tortuga seguía tan fresca. Las dos se rieron y se sentaron a comer trébol a la orilla de un arroyo.

—He corrido por este bosque mil veces —dijo la liebre— y solo hoy lo he visto de verdad.

Sus patas eran tan rápidas como antes. Solo que ahora sabía qué hacer con ellas: correr hasta la meta y, de vez en cuando, volver a buscar a una amiga.

*«Corramos con constancia la carrera que tenemos por delante».*

Hebreos 12, 1

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

# Lo que nos enseña

> **No gana el más rápido, sino el que no se detiene en el camino y no se enorgullece.**

La liebre tenía un gran don: sus patas veloces. Pero el orgullo le hizo creer que el don trabaja solo, sin esfuerzo. Los Santos Padres dicen que el orgullo es la raíz de muchas caídas: cuando crees que «lo tienes todo», te duermes. La tortuga no tenía dones brillantes, pero tenía paciencia y constancia. Y la constancia, es decir, seguir siempre adelante, paso a paso, es una virtud de la que Cristo dice: «El que se mantenga firme hasta el fin, ese se salvará» (Mateo 10, 22). La vida cristiana se parece al camino de la tortuga: una pequeña oración cada día, una buena obra cada día, una pequeña enseñanza cada día. No hace falta ser el más rápido. Solo hace falta no detenerse. Y hay algo más muy bonito: la tortuga no se burla de la liebre al pasar a su lado. Gana sin humillarla, y la perdona cuando le pide perdón.

**PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS**

Para los mayores: quizá eres «liebre» en una asignatura —te resulta fácil y ya no estudias— y «tortuga» en otra, donde te esfuerzas mucho. El talento sin trabajo se pierde, y el trabajo sin talento llega lejos igualmente. Piensa en un proyecto que empezaste con entusiasmo y dejaste: ¿qué significaría llevarlo, paso a paso, hasta el final?

# Hablamos en familia

1. **¿Por qué perdió la liebre la carrera?**
   Respuesta: Porque se enorgulleció, creyó que tenía tiempo de sobra y se durmió a mitad del camino.
2. **¿Qué hizo la tortuga cuando el herrerillo le dijo que se rindiera?**
   Respuesta: Siguió adelante, porque la meta estaba en el manantial.
3. **¿Qué hizo la tortuga después de ganar?**
   Respuesta: No se burló de la liebre, la perdonó y la invitó a pasear juntas.
4. **¿En qué cosa buena quieres ser «tortuga», haciéndola poco a poco, cada día?**
   Respuesta libre: la oración, la lectura, un instrumento, un idioma extranjero.

### LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Elige una cosa pequeña para hacer cada día de la semana (una oración, una página leída, 10 minutos de ejercicio) y márcala en un calendario con una tortuga dibujada.
- Cuando ganes un juego esta semana, di «gracias por el juego» y no presumas.
- Juego en familia: una carrera «a cámara lenta». ¡Gana quien llega el último, sin detenerse!

### ORACIÓN BREVE

*Señor, tú me diste los dones que tengo.*
*Líbrame del orgullo y de la pereza*
*y dame paciencia para ir paso a paso*
*hacia todo lo que es bueno. Amén.*

**PARA LOS PADRES**

Elogien el esfuerzo del niño, no solo el resultado o el talento («trabajaste muy bien», no solo «eres listo»). Así crían «tortugas» constantes, no «liebres» que se duermen.

HISTORIA 64

# El león y el ratoncito

*Fábula de Esopo*

EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 26
Hablamos con los pequeños p. 28
La historia completa · desde los 8 años p. 29
Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 33

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 1 / 2

Lejos, en la sabana, la hierba era alta y amarilla, y los árboles crecían separados, con las copas abiertas como sombrillas. Al mediodía, el sol abrasaba la tierra y el aire temblaba de calor. Los pájaros callaban y los animales buscaban sombra y silencio. Bajo un árbol de copa ancha dormía el león. Un ratoncito con prisa no miró dónde pisaba y… ¡hop!, pasó justo sobre la nariz del león.

El león despertó y lo atrapó bajo su enorme zarpa.

—¿Quién se atreve a turbar mi sueño? —rugió.

El ratoncito temblaba.

—¡Perdóname, no quería! Déjame ir. Quizá un día yo también te ayude.

El león rio tanto que temblaron las hojas.

—¿Tú? ¿Ayudarme a mí? ¿El más pequeño ayudar al más grande?

Pero la broma le hizo gracia, y en su corazón había también un poco de bondad. Levantó la zarpa y lo soltó.

A los pocos días, el león cayó en una trampa. Una red de cuerdas se cerró a su alrededor. Se sacudió, tiró, mordió. Pero cuanto más se sacudía, más lo apretaba la red. Su rugido resonó en toda la sabana.

El ratoncito levantó las orejas. «¡Es la voz del león! ¡Necesita ayuda!». Y corrió todo lo que le daban las patas.

—¡No temas, ya estoy aquí!

Se puso a roer: ¡ras, ras, ras! Una cuerda se rompió. Luego otra. Y otra más. El león se quedó quieto, para no apretar la red.

Poco a poco se abrió un agujero. El león se deslizó por él y quedó libre. Entonces inclinó la cabeza ante el pequeño.

—Me reí de ti —dijo—. Creí que el pequeño no podía ayudar al grande. Me equivoqué.

Desde aquel día fueron amigos. Y el león nunca más se rio de los pequeños.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

# Hablamos con los pequeños

*Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.*

1. **¿Por encima de quién pasó el ratoncito sin querer?**
   Respuesta: Por encima del león dormido.
2. **¿Qué hizo el león con él?**
   Respuesta: Lo dejó ir.
3. **¿Cómo ayudó el ratoncito al león atrapado en la red?**
   Respuesta: Royó las cuerdas, una por una.
4. **¿Qué aprendió el león?**
   Respuesta: Que también el pequeño puede ayudar.

### LO HACEMOS JUNTOS

- Aten suavemente una cinta en la mano de alguien y deshagan los nudos juntos, con paciencia.
- Den las «gracias» a alguien más pequeño que los haya ayudado hoy.

### UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, hazme compasivo con los pequeños*
*y agradecido por el bien recibido. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 1 / 4

Lejos, en la sabana, la llanura se extendía hasta donde alcanzaba la vista, cubierta de hierba alta y amarilla. Aquí y allá crecían árboles de copa ancha, como sombrillas verdes abiertas sobre la tierra. Por la mañana, los antílopes pastaban tranquilos y los pájaros piaban en las ramas. Pero ahora era la hora más calurosa del día. La hierba se había secado y crujía con la menor brisa, los pájaros callaban y el aire temblaba sobre la tierra. Solo bajo los árboles quedaba un poco de sombra, y todos los seres vivos esperaban el fresco de la tarde.

Por su estrecho sendero entre la hierba, un ratoncito gris corría a casa con una semilla en la boca. A la sombra de un árbol, en su camino, había un montículo grande y dorado. El montículo respiraba. El ratoncito comprendió tarde que iba a pasar sobre un león dormido.

Quiso dar la vuelta, pero las patitas le resbalaron en la melena y, ¡hop!, pasó justo por encima de la nariz del león. La nariz se arrugó. Los bigotes temblaron.

Al instante, una zarpa enorme cayó sobre él. El león se había despertado. Lo alzó ante sus grandes ojos amarillos, y el ratoncito vio las garras de cerca, curvas como hoces.

—¿Quién se atreve a turbar mi sueño? —rugió el león.

—¡Perdóname, majestad! —chilló el ratoncito—. No quería. Tenía prisa y no miré por dónde iba. ¡Por favor, déjame ir! Soy tan pequeño que ni para un bocado te llego. ¿Y quién sabe? Quizá un día yo también te ayude.

El león se quedó un momento con la boca abierta. Luego soltó una carcajada tan grande que temblaron las hojas del árbol.

—¿Tú? ¿Ayudarme a mí? ¿Una pizca de ratón ayudar al rey de los animales? ¡Es el mejor chiste de todo el verano!

Quizá la broma le hizo gracia. Quizá, al verlo temblar, sintió lástima. En su corazón de rey había también un poco de bondad. Abrió la zarpa.

—Vete, pequeñín. Eres libre.

—¡Gracias, majestad! ¡Nunca lo olvidaré! —gritó el ratoncito, y desapareció entre la hierba. El león bostezó y volvió a tumbarse a la sombra. Para él, el asunto había terminado.

Pasaron unos días. Una mañana, el león caminaba orgulloso por un sendero nuevo, con la melena al viento. No sabía que unos cazadores habían escondido una red entre la hojarasca.

Puso la zarpa justo en medio. En un instante, las cuerdas se alzaron del suelo y se cerraron a su alrededor. Una zarpa quedó atrapada, luego la otra.

El león tiró con fuerza. Mordió, desgarró con las garras, se retorció. Pero cuanto más se sacudía, más lo apretaban las mallas de la red. Los dientes y las garras, que lo habían ayudado toda la vida, no encontraban ahora nada que agarrar.

Entonces rugió. No era el rugido orgulloso de un rey, sino el grito de un animal atrapado. Su voz pasó sobre la hierba y los matorrales, hasta muy lejos. Pero ningún animal grande acudió. El elefante estaba muy lejos, la jirafa se había asustado y la hiena solo miraba a distancia.

Pero alguien sí lo había oído. Junto a una raíz, un ratoncito gris levantó las orejas. «Es la voz del león», se dijo. «¡Necesita ayuda!». Y corrió todo lo que le daban las patas, colándose entre raíces y piedras.

Cuando llegó, el león yacía agotado, con la red apretada encima, jadeando.

—No temas, majestad —dijo el ratoncito—. ¡Ya estoy aquí!

—¿Tú? —suspiró el león—. ¿Qué puedes hacer tú, el más pequeño?

El ratoncito no respondió. Examinó la red por todos lados, se coló por donde la zarpa del león no cabía y se puso a roer una cuerda. Ras, ras, ras…

Al principio no se veía nada. El león movió impaciente una zarpa, y la cuerda se tensó sobre el ratoncito y casi lo aplastó.

—Quédate quieto, por favor —le rogó el ratoncito—. Si tiras, no puedo acercarme.

Al león le costaba esperar. Pero se quedó inmóvil como una roca.

Ras, ras, ras… La primera cuerda cedió. El ratoncito pasó a la segunda. No intentaba romperlo todo de golpe, como había hecho el león. Aflojaba los nudos uno a uno, aunque le dolían los dientecitos. El león escuchaba aquel ruidito, y nada en el mundo le parecía más importante.

Otra cuerda. Y otra más. La malla se ensanchó y se abrió un agujero. El león empujó despacio con la cabeza, luego con los hombros, y se deslizó fuera, sacudiéndose los últimos hilos. Por un momento se quedó inmóvil, sintiendo otra vez la tierra bajo sus cuatro patas.

Luego se volvió hacia su pequeño amigo e inclinó la frente casi hasta la hierba.

—Me reí de ti —dijo—. Creí que el pequeño no podía ayudar al grande. Me equivoqué. Hoy tú has sido más fuerte que yo.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 4 / 4

—Tú fuiste bueno conmigo cuando podías no serlo —respondió el ratoncito—. Yo solo te devolví el bien.

Entonces el león recordó a todos los animalitos de los que se había reído: las ranas de la charca, los gorriones ruidosos, las hormigas que cargaban migas. Ahora los veía con otros ojos.

—Desde hoy —dijo—, todo el que sea pequeño en mi sabana tendrá mi protección.

Se alejaron juntos de la trampa. El león caminaba despacio, para que el ratoncito no se quedara atrás, y ante una raíz alta se detuvo y lo dejó pasar primero. Y desde entonces, cada vez que una vocecita lo saludaba desde la hierba, el rey de la sabana se paraba a responder.

*«Dichosos los compasivos, porque Dios tendrá compasión de ellos».*

Mateo 5, 7

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

# Lo que nos enseña

> **El bien hecho no se pierde, y nadie es demasiado pequeño para ayudar.**

La fábula tiene dos lecciones. La primera es para los «grandes»: el león podía aplastar al ratoncito, pero eligió la compasión. Cristo dice: «Dichosos los compasivos, porque Dios tendrá compasión de ellos» (Mateo 5, 7). La compasión del león volvió a él justo cuando más la necesitaba. Así obra Dios: el bien hecho con un corazón limpio nunca se pierde, aunque no veamos enseguida sus frutos. La segunda lección es para los «pequeños»: nadie es demasiado pequeño para hacer el bien. Dios se sirve a menudo de lo pequeño y débil para hacer cosas grandes, como eligió al pastor David, el menor de sus hermanos. El ratoncito no tenía garras ni fuerza, pero tenía gratitud y paciencia. Y roer cuerda tras cuerda es una bonita imagen de las pequeñas buenas obras hechas con constancia.

**PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS**

Para los mayores: es fácil mirar por encima del hombro a los más pequeños: un hermano menor, un compañero tímido, un niño nuevo en clase. Quizá ahora el «león» eres tú. Cómo tratas a los débiles dice quién eres de verdad. Y no olvides: llegarán días en que tú estarás en la «red», y la ayuda vendrá de donde menos lo esperas.

# Hablamos en familia

1. **¿Por qué dejó ir el león al ratoncito?**
   Respuesta: Porque le hizo gracia y en su corazón había un poco de bondad; eligió la compasión.
2. **¿Cómo salvó el ratoncito al león?**
   Respuesta: Royó con sus dientecitos las cuerdas de la red, una por una, hasta abrir un agujero.
3. **¿Qué aprendió el león al final?**
   Respuesta: Que el pequeño puede ayudar al grande y que no hay que reírse de él.
4. **¿Quién es «pequeño» a tu alrededor y merecería más bondad de tu parte?**
   Respuesta libre: un hermanito, un compañero nuevo, un vecino mayor, un animal.

### LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Haz una buena obra por alguien más pequeño o más débil que tú, sin esperar nada a cambio.
- Piensa en alguien que te ayudó una vez y dile (o escríbele) «gracias».
- Juego en familia: aten suavemente las manos de alguien con una cinta y «roan» los nudos, con paciencia.

### ORACIÓN BREVE

*Señor, hazme compasivo cuando soy fuerte*
*y valiente cuando soy pequeño.*
*Ayúdame a no despreciar a nadie*
*y a devolver el bien a quienes me ayudaron. Amén.*

**PARA LOS PADRES**

Pregunten al niño a quién se parece hoy: al león o al ratoncito. Cada uno de nosotros es, por turnos, uno y otro. Subrayen la gratitud del ratoncito: él recuerda el bien recibido.

RECUERDOS DE NUESTRA FAMILIA

# Nuestras propias historias

Aquí guardamos un buen momento de nuestra casa, una historia de los abuelos o una oración que sentimos respondida.

*El bien empieza con un pequeño paso.*